

amigo de la infancia; sin embargo, al unir estacarta á otra, Petrilla tuvo un espantoso pensamiento, horriblemente expresado.

—¡Pobre Brigaut!—se dijo.—¡Si supiera en qué maldito pozo he caído!

Silvia había oído á Petrilla y había oído también á Brigaut bajo la ventana, y en su consecuencia se levantó, se fué al balcón para examinar la plaza á través de las persianas, y á la claridad de la luna vió á un hombre que se alejaba hacia la casa en que vivía el coronel, enfrente de la cual se detuvo Brigaut. La solterona abrió muy despacio su puerta, subió al primer piso, quedó estupefacta al ver luz en el cuarto de Petrilla, miró por el agujero de la cerradura y no pudo ver nada.

—¡Petrilla! ¿está usted enferma?—preguntó.

—No, prima—respondió Petrilla sorprendida.

—Pues ¿cómo es que tiene usted luz á estas horas? Abra usted; yo tengo que saber lo que hace...

Petrilla acudió á abrir descalza, y su prima vió la cuerda que Petrilla no había tenido cuidado de esconder, creyendo que no sería sorprendida. Silvia se abalanzó sobre la cuerda.

—¿Para qué sirve esto?

—Para nada, prima mía.

—¿Para nada? Bueno, siempre mentiras. Lo que es de ese modo seguramente que no irá usted al cielo. Acuéstese, que tiene frío.

Dicho esto, la celosa prima no preguntó nada más y se retiró, dejando á Petrilla llena de terror y de asombro ante tanta clemencia. En lugar de armar camorra, Silvia había resuelto de pronto sorprender al coronel y á Petrilla, coger las cartas y confundir con ellas á los dos amantes, que la engañaban. Petrilla, inspirada por el peligro que había corrido, cosió las dos cartas al corsé y las cubrió con indiana.

Aquí acabaron los amores de Petrilla y de Brigaut.

Petrilla celebró en el alma la determinación de su amigo, porque las sospechas de su prima iban á ser desvane-

cidas al ver que cesaban las entrevistas. En efecto, Silvia pasó en vela tres días y tres noches espiando al inocente coronel, sin ver en la habitación de Petrilla, ni en la casa, ni en sus alrededores nada que demostrase su inteligencia. Después envió á Petrilla á confesar, y aprovechó aquel momento para registrar la habitación de la niña con la habilidad de los espías y vigilantes de las barreras de París; pero no encontró nada. Su furor llegó entonces al mayor grado que puede alcanzar este sentimiento humano. Si Petrilla hubiera estado allí, indudablemente la hubiera golpeado sin piedad. Para una mujer de su temple, los celos eran más bien una ocupación que un sentimiento. Silvia vivía, sentía latir su corazón, experimentaba emociones completamente desconocidas para ella hasta entonces; el menor movimiento la despertaba, oía los más ligeros ruidos y observaba á Petrilla con sombría preocupación.

—¡Esa miserable chiquilla acabará por matarme!

La severidad de Silvia para con su prima llegó á convertirse en refinada crueldad y empeoró la deplorable situación en que Petrilla se encontraba. La pobre niña tenía regularmente fiebre, y sus dolores de cabeza llegaron á ser insoportables. En ocho días su cara denotaba estar tan enferma, que habría enternecido á personas más humanitarias que los concurrentes á la casa de Rogrón; pero el médico Neraud, aconsejado sin duda por Vinet, estuvo más de una semana sin ir, y el coronel, sospechoso ya para Silvia, temió destruir su matrimonio si daba alguna prueba de interés por Petrilla. Matilde explicaba el estado de la niña diciendo que era una crisis prevista, natural y sin peligro. Por fin, un domingo por la noche en que el salón estaba lleno y Petrilla lo ocupaba también, la pobre mártir no pudo resistir tantos dolores y cayó desmayada. El coronel, que fué el primero en apercibirse del desmayo, se apresuró á cogerla y á colocarla sobre un canapé.

—Petrilla lo ha hecho expresamente—dijo Silvia mirando á la señorita Habert y á los que jugaban con ella.

—Le aseguro que su prima está muy mala—dijo el coronel.

—Pero estaba muy bien en sus brazos—dijo Silvia al militar con espantosa sonrisa.

—El coronel tiene razón—dijo la señora de Chargeboeuf,—debe usted llamar á un médico. Esta mañana, en la iglesia, todo el mundo hablaba del mal estado de la señorita Lorrain, que es visible.

—¡Me muero!—dijo Petrilla.

Desfondrilles llamó á Silvia y le dijo que le desatase el corsé á su prima. La solterona acudió diciendo:

—¡Son rabetas!

Al mismo tiempo que decía esto le desabrochó la ropa, y cuando iba á tocarle el corsé, Petrilla, haciendo sobre humanos esfuerzos, se irguió y exclamó:

—No, no, ya iré yo á acostarme.

Silvia había tentado el corsé, y su mano tocó los papeles; pero dejó que Petrilla se fuese, diciendo á todo el mundo:

—Vaya, ¿qué les parece á ustedes su enfermedad? Todo es maulería. No serían ustedes capaces de imaginarse la perversidad de esta muchacha.

Terminada la velada, Silvia retuvo á Vinet. Aquella mujer estaba furiosa, quería vengarse, y se mostró grosera con el coronel cuando éste se le acercó para despedirse. El militar dirigió á Vinet cierta mirada amenazadora que parecía señalar ya el sitio del vientre en que pensaba alojarle una bala. Cuando Silvia y Vinet estuvieron solos, la solterona le dijo:

—¡Jamás me casaré con el coronel!

—Bueno, ahora que ha tomado usted esa resolución, ya puedo hablar. El coronel es amigo mío, pero yo lo soy más de usted que de él: Rogrón me ha hecho favores que no olvidaré nunca. Yo soy tan buen amigo como implacable enemigo. Una vez en las Cortes ya se verá lo que soy capaz de hacer, y Rogrón ha de ser recaudador general de mi hechura... Ahora bien, júreme usted que nunca repetirá nada de cuanto voy á decirle. (Silvia hizo un signo afirmativo). En primer lugar, ese buen coronel es más jugador que las mismas cartas.

—¡Ah!—exclamó Silvia.

—A no ser por ese vicio, sin duda sería hoy mariscal—repuso el abogado.—Si usted se hubiese casado con él, sería capaz de arruinarla, porque es un hombre terrible. Además, no crea usted que los esposos pueden tener ó no tener hijos, y usted sabe lo que le ocurriría. No; si quiere usted casarse, espere á que yo sea diputado, y entonces podrá unirse con ese anciano Desfondrilles, que será presidente de audiencia. Para vengarse, case usted á su hermano con la señorita de Chargeboeuf, cuyo consentimiento corre de mi cuenta. Esa joven tiene dos mil francos de renta y ustedes emparentarán con los Chargeboeuf, como emparenté yo. Créalo usted, ha de llegar día en que los Chargeboeuf nos considerarán como parientes.

—¡Pero Gouraud ama á Petrilla!—dijo por toda respuesta Silvia.

—Es muy capaz de ello—dijo Vinet,—y de casarse con ella cuando usted muera.

—¡Bonito plan!

—Ya se lo he dicho á usted, ese hombre es un demonio. Case usted á su hermano, anunciando que desea usted seguir soltera para dejar su fortuna á sus sobrinos, y de este modo fastidiará á la vez á Petrilla y á Gouraud, que ya verá usted qué cara pone.

—¡Ah! ¡es verdad! ¡ya les tengo!—exclamó la solterona.—La enviaré de aprendiz á algún taller y no la daré nada. Si es pobre, que trabaje y que haga como nosotros.

Vinet salió después de haber inculcado su plan á Silvia, cuya testarudez conocía. La solterona debía acabar por creer que aquel plan provenía de ella. Vinet encontró en la plaza al coronel, que fumaba un cigarro y le esperaba.

—¡Alto ahí!—le dijo Gouraud.—Usted me ha demolido; pero en la demolición hay aún piedras bastantes para enterrarle.

—¡Pero, coronel!...

—¡No hay coronel que valga! ¡ya le arreglaré yo á usted! En primer lugar, no será usted nunca diputado.

—¡Pero, coronel!...

—Yo dispongo de diez votos y la elección depende de...

—¡Pero, coronel, escúcheme usted, hombre! ¿Acaso no hay en el mundo más mujeres que la vieja Silvia? Ahora mismo acabo de intentar justificarle; pero usted es reputado de haber escrito á Petrilla: Silvia le ha visto salir de su casa, á las doce de la noche, para ir debajo de sus ventanas.

—¡No está mal eso, no está mal!

—Y quiere casar á su hermano con Matilde, y reservar su fortuna para sus sobrinos.

—Pero ¿cree usted que Rogrón tendrá hijos?

—Sí—dijo Vinet.—Pero yo le prometo á usted encontrarle una joven guapa con ciento cincuenta mil francos. ¿Está usted loco? ¿podemos nosotros malquistarnos? A pesar mío, las cosas se han vuelto contra usted; pero usted no me conoce.

—Pues bien, para entenderse hay que conocerse—repuso el coronel.—Búsqueme usted esa joven con cincuenta mil escudos antes de las elecciones, y si no, servidor de usted. No me gustan los egoístas, y usted se ha llevado la manta entera hacia su lado. Buenas noches.

—Ya verá usted, ya verá usted—dijo Vinet estrechando afectuosamente la mano del coronel.

A eso de la una de la mañana, los tres gritos claros y sonoros de un mochuelo, admirablemente imitados, resonaron en la plaza. Petrilla los oyó en medio de su sueño febril, y, levantándose toda sudada, abrió la ventana, vió á Brigaut y le echó una pelota de seda á la que él ató una carta. La solterona, agitada por los acontecimientos de la noche y por sus irresoluciones, no dormía, y creyó que aquellos gritos eran en realidad de un mochuelo.

—¡Ah! ¡qué pájaro de más mal agüero! Pero ¡toma, oigo que Petrilla se levanta! ¿Qué le pasará?

Al oír abrir la ventana de la buhardilla, Silvia se fué precipitadamente al balcón, y oyó á lo largo de las persianas el roce de la carta de Brigaut. Entonces se apretó los cordones de su almilla y subió á toda prisa á la habitación

de Petrilla, á la que encontró desenredando la seda para sacar la carta.

—¡Ah! ¡ya te he cogido!—exclamó la solterona yéndose á la ventana y viendo á Brigaut que se escapaba á todo correr.—Va usted á entregarme inmediatamente esa carta.

—No, prima mía—dijo Petrilla, la cual, por una de esas inmensas inspiraciones de la juventud y sostenida por su alma, se dispuso á hacer esa resistencia que admiramos en la historia de algunos pueblos reducidos á la desesperación.

—¡Ah! ¿conque no quiere usted?...—dijo Silvia abalanzándose hacia su prima y mostrándole su horrible rostro que sólo respiraba odio y furor.

Petrilla reculó un poco para tener tiempo de meterse la carta en la mano, que mantenía cerrada con invencible fuerza. Al ver este ademán, Silvia empuñó con sus zarpas de fiera la blanca y delicada mano de Petrilla, y quiso abrirla. Entonces trabóse un combate terrible, un combate infame, como lo es todo ataque al pensamiento, único tesoro que Dios pone fuera de todo alcance y que parece formar una especie de lazo secreto entre los desgraciados y Él. Aquellas dos mujeres, moribunda la una y llena de vigor la otra, se miraron fijamente. Los ojos de Petrilla lanzaban á su verdugo aquella mirada del templario que recibía en el pecho golpes de balancín en presencia de Felipe el Hermoso, el cual no pudo sostenerla y dejó la plaza lleno de espanto. Silvia, mujer y celosa, respondía á aquella mirada con otras siniestras. Reinaba un horrible silencio. Los apretados dedos de la bretona oponían á las tentativas de su prima una resistencia igual que si fuesen de acero. Silvia torturaba el brazo de Petrilla, intentaba abrirle los dedos, y como no pudiese obtenerlo, le clavaba inútilmente las uñas en la carne. Por fin, impelida por la rabia, se llevó aquella mano á los dientes para morderle los dedos y vencer á Petrilla por el dolor. Pero Petrilla seguía desafiándola con la mirada terrible de la inocencia. El furor de la solterona llegó á tal punto, que la cegó, y

entonces tomó el brazo de Petrilla y empezó á golpearle el puño contra el alféizar de la ventana y contra el mármol de la chimenea, como cuando se quiere romper una nuez para obtener su fruto.

—¡Auxilio! ¡auxilio!—gritó Petrilla.—¡Que me matan!

—¡Ah! ¿gritas habiéndote cogido con un amante á media noche?

Y seguía golpeándola sin piedad.

—¡Auxilio!—gritaba Petrilla, cuya mano destilaba sangre.

En este momento oyéronse violentos golpes á la puerta. Igualmente cansadas, las dos primas se detuvieron.

Rogrón, despierto, inquieto é ignorando lo que ocurría, se levantó, corrió á la habitación de su hermana, y, al ver que no estaba allí, sintió miedo, bajó, abrió, y fué casi derribado por Brigaut, que entró seguido de una especie de fantasma. En este mismo momento los ojos de Silvia vieron el corsé de Petrilla, y, acordándose de que había sentido en él papeles, se tiró sobre él como un tigre sobre su presa, lo empuñó y se lo mostró á la pobre niña, sonriéndole como sonríe el iroqués á su enemigo antes de arrancarle el cuero cabelludo.

—¡Ah! ¡me mueren!—dijo Petrilla cayendo de rodillas.—¿Quién me salvará?

—¡Yo!—exclamó una mujer de cabellos blancos y de anciano y apergaminado rostro, donde brillaban dos ojos grises.

—¡Ah! ¡abuela, llegas demasiado tarde!—exclamó la pobre niña llorando amargamente.

Petrilla, abandonada por las fuerzas y muerta por el abatimiento que había de seguir necesariamente, dado su estado, á una lucha tan violenta, iba á caer sobre su cama; pero el grande y seco fantasma la tomó en sus brazos, como toman las niñeras á los niños, y salió seguida de Brigaut sin decir ni una sola palabra á Silvia, á la cual lanzó no obstante la más majestuosa acusación, mediante una trágica mirada. La aparición de aquella augusta anciana con su traje bretón, acompañada del terrible Brigaut,

asustó á Silvia, que creyó haber visto la muerte. La solterona bajó, oyó que se cerraba la puerta, y se encontró frente á frente de su hermano, que le dijo:

—¿No te han matado?

—Acuéstate—dijo Silvia.—Mañana veremos lo que debemos hacer.

Silvia se volvió á meter en la cama, deshizo el corsé, leyó las dos cartas de Brigaut, que la dejaron confundida, y se durmió perpleja, sin sospechar siquiera el terrible paso á que su conducta había de dar lugar.

Las cartas enviadas por Brigaut á la señora viuda Lorrain fueron á turbar la inefable dicha de esta anciana. La pobre septuagenaria moría de pena por no poder tener á su lado á Petrilla, y se consolaba de su pérdida creyendo haberse sacrificado por los intereses de su nieta. La anciana bretona tenía uno de esos corazones siempre jóvenes, sostenidos y animados por la idea del sacrificio. Su anciano marido, cuyo único goce era aquella nieta, había echado muy de menos á Petrilla, y todos los días la había buscado en torno suyo, siendo causa aquella ausencia de uno de esos dolores de anciano, del que éstos acaban por morir. Sabiendo esto, cualquiera puede juzgar la alegría que debió sentir aquella pobre vieja recluída en un hospicio, al tener noticia de una de esas acciones raras, pero que, por fortuna, ocurren aún en Francia. Después de sus desastres y ruina, Francisco José Collinet, jefe de la casa Collinet, había partido para América con sus hijos. Este comerciante tenía demasiado corazón para permanecer arruinado y sin crédito en Nantes, contemplando las desgracias que su quiebra había causado. De 1814 á 1824, este valeroso negociante, ayudado por sus hijos y por su cajero, que le siguió siendo fiel y le prestó sus escasos recursos, emprendió valerosamente la conquista de otra fortuna. Después de inauditos trabajos coronados por el éxito, al undécimo año de su partida, volvió para rehabilitarse en Nantes, dejando á su hijo mayor al frente de su casa trasatlántica, y encontró á la señora Lorrain de Pen-Hoel en San Jacobo, siendo testigo

de la resignación con que la más desgraciada de sus víctimas soportaba la miseria.

—Dios le perdone á usted, ya que al borde de la tumba me proporciona los medios para asegurar la felicidad de mi nieta; pero yo no podré nunca hacer rehabilitar el nombre de mi pobre marido.

El señor Collinet llevaba á su acreedora el capital que le debía con sus intereses correspondientes, todo lo cual ascendía á la suma de cuarenta y dos mil francos. Sus demás acreedores, comerciantes activos, ricos é inteligentes, se habían sostenido, mientras que la desgracia de los Lorrain pareció irremediable al anciano Collinet, que prometió á la viuda la rehabilitación de su marido, ya que no se trataba más que de cuarenta mil francos. Cuando en la Bolsa de Nantes se supo este rasgo de generosidad reparadora, se quiso recibir en ella á Collinet antes de que la audiencia de Rennes pronunciase sentencia; pero el negociante rechazó este honor y se sometió al rigor del código del comercio. La señora Lorrain había recibido, pues, cuarenta y dos mil francos la víspera del día en que el correo puso en sus manos las cartas de Brigaut. Al entregar el recibo, las primeras palabras de la anciana fueron:

—Ahora sí que podré vivir con Petrilla y casarla con ese pobre Brigaut, que hará su fortuna con mi dinero.

Y no podía estar quieta, se movía, quería partir para Provins; así es que cuando leyó las fatales cartas, corrió por la villa como una loca buscando medios de ir á Provins con la rapidez del rayo. Partió, pues, con el coche correo, al saber la celeridad gubernamental de este vehículo. En París había tomado el coche de Troyes, y acababa de llegar á las once y media á casa de Frappier, donde Brigaut, al ver la sombría desesperación de la anciana bretona, le prometió buscar inmediatamente á su nieta, explicándole en pocas palabras su estado. Estas pocas palabras asustaron de tal modo á la abuela, que no pudo vencer su impaciencia y corrió á la plaza. Cuando Petrilla gritó, sus voces llegaron al corazón de la anciana bretona,

así como al de Brigaut. Una y otro habrían, sin duda, despertado á todos los habitantes, si Rogrón, temeroso, no les hubiese abierto. Aquel grito de joven desesperada comunicó á la abuela tanta fuerza como espanto, y se llevó á su querida Petrilla hasta casa de Frappier, cuya mujer había arreglado á toda prisa el cuarto de Brigaut para la abuela de la huérfana. En aquella pobre habitación, sobre una cama hecha apenas, fué, pues, depositada la enferma, la cual se desmayó con el puño cerrado aún, amoratado, lleno de sangre y con las uñas clavadas en la carne. Brigaut, Frappier, su mujer y la anciana contemplaron á Petrilla en silencio y llenos todos de indecible asombro.

—¿Por qué tiene la mano ensangrentada?—preguntó primeramente la abuela.

Petrilla, vencida por el sueño que sigue á los grandes despliegamientos de fuerza, y segura de estar al abrigo de toda violencia, abrió la mano, y la carta de Brigaut cayó al suelo cual si fuese una respuesta.

—Han querido quitarle mi carta—dijo Brigaut cayendo de rodillas y recogiendo la carta que había escrito á su amiguita para decirle que dejase inmediatamente la casa de los Rogrón.

Después, el bretón besó piadosamente la mano de aquella mártir. Entonces vióse en la habitación algo que hizo estremecer al carpintero y á su mujer, y este algo fué la actitud de la anciana Lorrain, de aquel espectro sublime de pie, á la cabecera de su nieta; el terror y la venganza comunicaban sus radiantes expresiones á las mil arrugas que surcaban la amarillenta piel de aquella anciana; aquella frente cubierta de cabellos canos en desorden expresaba la cólera divina; con esa potencia intuitiva que poseen los ancianos próximos á la tumba, la Lorrain veía toda la vida de Petrilla, en la que tanto había pensado durante su viaje, y adivinó la enfermedad que amenazaba de muerte á su querida nietecita. Dos gruesas lágrimas, penosamente nacidas en sus ojos blancos y grises, á los que las penas habían arrancado las cejas y las pestañas, dos

perlas de dolor se formaron, comunicaron á sus ojos una espantosa frescura, se engrosaron y rodaron por sus aperturadas mejillas sin mojarlas.

—¡Me la han matado!—exclamó al fin juntando las manos.

Y cayó sobre sus rodillas, que produjeron dos golpes secos en el pavimento, y empezó á hacer, sin duda, un voto á santa Ana de Auray, que es la virgen más milagrosa de Bretaña.

—¡Un médico de París! ¡Corre, Brigaut, corre!—dijo al bretón tomándole por un brazo y haciéndole andar con gesto de despótico mando.—Brigaut querido, yo iba á venir ya antes de recibir tus cartas, porque soy rica. Toma—exclamó llamándole, al mismo tiempo que, desabrochándose la ropa, sacaba de su seno un papel que contenía cuarenta y dos billetes de Banco,—toma lo que necesites, y tráeme el mejor médico de París.

—Guarde usted eso—dijo Frappier,—porque en este momento no podría cambiar un billete de mil francos. Yo tengo dinero, la diligencia va á pasar y podrá tomar un asiento. Pero ¿no sería mejor consultar antes al señor Martener para que nos indicase algún buen médico de París? La diligencia no viene hasta la una, y tenemos tiempo.

Brigaut fué á despertar al señor Martener, y llevó á este médico, que no quedó poco sorprendido al ver á la señorita Lorrain en casa de Frappier. Brigaut le explicó la escena que acababa de desarrollarse en casa de los Rogrón. La charla de un amante desesperado dió cuenta de aquel drama doméstico al médico, sin que éste sospechara su horror ni su importancia. Martener dió la dirección del célebre Horacio Bianchon á Brigaut, que partió con su amo al oír el ruido de la diligencia. El señor Martener se sentó, y después de examinar las equimosis y heridas de la mano que pendía del lecho, dijo:

—¡Estas heridas no se las ha hecho ella misma!

—No; la horrible mujer á quien tuve la desgracia de confiársela la sacrificaba—dijo la abuela.—Mi pobre

Petrilla gritaba: «¡Auxilio! ¡que me muero!» de un modo capaz de hacer estremecer á un verdugo.

—Pero ¿por qué?—dijo el médico tomando el pulso á Petrilla.—Está muy enferma—añadió aproximando una luz á la cama.—¡Ah! ¡dificilmente la salvaremos!—dijo después de haberle visto la cara.—Ha debido sufrir mucho, y no comprendo como no la han cuidado.

—Mi intención es quejarme á la justicia—dijo la abuela.—Gentes que me han pedido á mi nieta por carta, diciendo que poseían más de doce mil francos de renta, tenían derecho á hacerla su cocinera y á obligarla á trabajar más de lo que le permitían sus fuerzas?

—¿Cómo no han visto la más visible de las enfermedades á que están sujetas las jóvenes y que exige los mayores cuidados?—exclamó el señor Martener.

Petrilla fué despertada por la luz que la señora Frappier tenía para alumbrarle la cara y por los horribles dolores de cabeza que le causaba la reacción moral de la lucha.

—¡Ah! señor Martener, ¡estoy muy mala!—le dijo con su hermosa vocecita.

—¿Dónde le duele á usted, amiguita mía?—le preguntó el médico.

—Aquí—dijo Petrilla señalando la parte superior de la cabeza, encima de la oreja izquierda.

—Sí, aquí hay un poco de supuración—exclamó el médico después de haberle levantado la cabeza y de haberla interrogado acerca de sus sufrimientos.—Hija mía, para que podamos curarla, tiene usted que contármelo todo. ¿Cómo tiene usted la mano de este modo? ¿Ha sido usted la que se ha hecho estas heridas?

Petrilla contó sencillamente la lucha con su prima Silvia.

—Hágala usted hablar, entérese usted bien de todos los detalles—dijo el médico á la abuela.—Esperaré la llegada del médico de París y llamaremos al médico en jefe del hospital para tener una consulta, porque la cosa me parece muy grave. Ahora daré orden de que le envíen una

poción calmante que dará usted á la pequeña para que duerma, pues la pobre necesita descanso.

Sola ya con su nieta, la anciana bretona hizo que se lo contase todo, empleando su ascendiente sobre ella, haciéndole saber que era bastante rica para los tres y prometiéndole que Brigaut se quedaría con ellas. La pobre niña confesó su martirio, sin sospechar siquiera la clase de proceso que iba á originar. Las monstruosidades de aquellos dos seres sin afecto descubrieron á la anciana mundos de dolor, tan lejanos de su pensamiento, como pudieran serlo las costumbres de las razas salvajes de las de los primeros viajeros que penetraron en las sabanas y pampas de América. La llegada de su abuela y la seguridad de un porvenir hermoso tranquilizaron el alma de Petrilla, del mismo modo que la poción durmió su cuerpo. La anciana bretona veló á su nieta, besándole la frente, los cabellos y las manos, del mismo modo que debieron besar á Jesús las santas mujeres que lo amortajaron.

A las nueve de la mañana, el señor Martener fué á casa del presidente, al que contó la escena nocturna ocurrida entre Silvia y Petrilla, las torturas morales y físicas, las sevicias de todo género que los Rogrón habían impuesto á su pupila y las dos enfermedades mortales que se habían desarrollado á consecuencia de aquellos malos tratos. El presidente mandó á buscar al notario Auffray, pariente de Petrilla por la línea materna.

En este momento, la guerra entre el partido Vinet y el partido Tiphaine estaba en su apogeo. Los dichos que los Rogrón y sus partidarios hacían correr por Provins acerca del conocido concubinato de la señora Roguin con el banquero Tillet y de las circunstancias de la bancarrota del padre de la señora Tiphaine, que era un tramoso, según se decía, hicieron tanto mal al partido de los Tiphaine, cuanto que aquellos rumores, lejos de ser calumniosos, eran fundados. Estos ataques iban derechos al corazón y herían los más vivos intereses. Repetidos los dichos á los partidarios de los Tiphaine por las mismas bocas que comunicaban á los Rogrón las bromas de la

hermosa señora Tiphaine y de sus amigos, alimentaban los odios, combinados hacía ya tiempo con el elemento político. Las molestias que causaba entonces en Francia el espíritu de partido, cuyas violencias fueron excesivas, se unían en todas partes, como en Provins, á intereses amenazados y á individualidades heridas y militantes. Cada uno de estos bandos se aprovechaba con ardor de todo lo que podía dañar al bando rival. La animosidad de los dos partidos influía tanto como el amor propio en los menores asuntos, que á veces se hacían graves. Pueblo había que se apasionaba por ciertas luchas y les comunicaba toda la importancia de un debate político; de suerte que el presidente vió en la causa entre Petrilla y los Rogrón un medio de abatir, de desacreditar y de deshonrar á los dueños de aquel salón donde se elaboraban planes contra la monarquía y donde había nacido el periódico de oposición. Se mandó llamar al fiscal de la audiencia, y entonces el señor Lesourd, el señor Auffray el notario, tutor subrogado de Petrilla, y el presidente, examinaron en el mayor secreto, con el señor Martener, la marcha que debían seguir. El señor Martener se encargó de decir á la abuela de Petrilla que presentase una queja al tutor subrogado. Éste convocaría consejo de familia, y, armado con el informe de tres médicos, pediría, ante todo, la destitución del tutor. Llegada la cuestión á este punto, se enviaría á la audiencia, y el señor Lesourd vería entonces de hacer de ello una causa criminal. A eso de las doce del día todo Provins estaba intrigado con la extraña nueva de lo que había pasado durante la noche en casa de los Rogrón. Los gritos de Petrilla habían sido oídos vagamente en la plaza; pero como habían durado poco, nadie se había levantado y todos se habían limitado á preguntarse: «¿Ha oído usted gritos y ruido á eso de la una? ¿Qué era?» Los dichos y los comentarios aumentaron de tal modo la importancia de este horrible drama, que la multitud se reunió ante la casa de Frappier para pedir informes, viéndose obligado el honrado carpintero á repetir mil veces la llegada de la niña á su casa con la mano ensangrentada

y los dedos amaratados. A eso de la una de la tarde, el coche del doctor Bianchon, á cuyo lado iba Brigaut, se detuvo ante la casa de Frappier, cuya mujer fué á avisar al hospital al señor Martener y al médico jefe. Los dichos de la villa recibieron de este modo una sanción. Los Rogrón fueron acusados de haber maltratado á su prima á intento y de haberla puesto en peligro de muerte. Vinet recibió la noticia cuando estaba en la audiencia, y, dejándolo todo, se fué á casa de los Rogrón. Rogrón y su hermana acababan de almorzar. Silvia no se atrevía á decir á su hermano el percance de la noche, y contestaba á todas sus preguntas con un: «Eso no te importa», é iba y venía de la cocina al comedor para evitar toda discusión. La solterona estaba sola cuando Vinet se presentó, preguntándole:

—¿No sabe usted lo que pasa?

—No—dijo Silvia.

—A juzgar por la marcha que siguen las cosas relativas á Petrilla, van á tener ustedes encima una causa criminal.

—¡Una causa criminal!—dijo Rogrón compareciendo.

—¿Por qué? ¿cómo?

—Ante todo—exclamó el abogado encarándose con Silvia,—explíqueme usted sin rodeos y como si estuviera ante Dios lo que ha pasado esta noche, porque se habla de cortar le la muñeca á Petrilla.

Silvia se puso lívida y tembló.

—¿De modo que ha ocurrido algo?—dijo Vinet.

La señorita Rogrón contó la escena queriendo excusarse; pero, á fuerza de preguntas, acabó por confesar los hechos graves de aquella horrible lucha.

—Si usted se hubiese limitado á lastimarle los dedos, sería cuestión de un simple juicio de faltas; pero si hay que cortar le la mano, será usted encausada criminalmente, pues los Tiphaine harán cuanto puedan para lograrlo.

Silvia, más muerta que viva, confesó sus celos, y lo que fué más terrible aún, es que tuvo que declarar lo erróneo de sus sospechas.

—¡Yaya una causa!—dijo Vinet.—Usted y su hermano

tendrán grandes disgustos, se verán abandonados por mucha gente, aunque la ganen, y, si no triunfan, tendrán que salir de Provins.

—¡Ah! mi querido señor Vinet, usted que es tan gran abogado, aconséjenos, sálvenos—dijo Rogrón asustado.

El diestro Vinet aterró cuanto pudo á aquellos dos imbéciles, y declaró que la señora y la señorita de Chargebœuf dudarían de volver á su casa. Ser abandonados por éstas damas sería una terrible condena. Por fin, después de una hora de magníficos manejos, quedó reconocido que para determinar á Vinet á salvar á los Rogrón, tenía éste que tener á los ojos de todo Provins un interés mayor en defenderlos, y que, en su consecuencia, aquella misma noche se vería anunciado el matrimonio de Rogrón con la señorita de Chargebœuf. Las amonestaciones se harían al domingo siguiente. El contrato se llevaría á cabo inmediatamente en casa de Cournant, y la señorita Rogrón, en consideración á esta alianza, cedería, mediante una donación entre vivos, la propiedad de sus bienes á su hermano. Vinet había hecho comprender á Rogrón y á su hermana la necesidad de presentar un contrato de matrimonio minutado dos ó tres días antes de aquel acontecimiento, á fin de que á los ojos del público la señora y la señorita de Chargebœuf tuvieran motivo para continuar frecuentando la casa de los Rogrón.

—Firme usted este contrato, y yo me comprometo á sacarle del apuro,—dijo el abogado.—Tendré que sostener una lucha terrible; pero me entregaré á ella en cuerpo y alma, y así me deberá usted un nuevo favor.

—¡Ya lo creo!—dijo Rogrón.

A las once y media, el abogado tenía ya amplios poderes para redactar el contrato y para defender la causa de los Rogrón. A las doce del día, el presidente quedó sorprendido ante un recurso de urgencia presentado por Vinet contra Brigaut y la señora viuda Lorrain, por haber sacado á la niña del domicilio de su tutor. De esta manera, el atrevido Vinet se presentaba como agresor y colocaba á Rogrón en aparente posición de hombre irreprochable.



En este sentido habló Vinet en la audiencia. El presidente citó á las partes para que se presentasen á declarar á las cuatro de la tarde, y no hay necesidad de decir hasta qué punto agitaron estos acontecimientos á la villa de Provins. El presidente sabía que á las tres estaría terminada la consulta de los médicos, y quería que el tutor subrogado, al hablar por la abuela, se presentase provisto de aquella arma. El anuncio del casamiento de Rogrón con la hermosa Matilde de Chergebœuf y los beneficios que Silvia aportaba al contrato, privó de pronto de dos personas á los Rogrón, toda vez que la señorita Habert y el coronel vieron sus esperanzas perdidas. Celesta Habert y el coronel siguieron siendo aparentemente adictos á los Rogrón, si bien con objeto de hacerles el daño que pudiesen. A este fin, tan pronto como el señor Martener reveló la existencia de un foco de supuración en la cabeza de la víctima de los dos merceros, Celesta y el coronel hablaron del golpe que Petrilla se había dado la noche en que Silvia le había obligado á salir al salón, recordaron las crueles y bárbaras exclamaciones de la señorita Rogrón, y contaron las pruebas de inhumanidad que la solterona había dado con respecto á su delicada pupila. De esta manera, estos fingidos amigos de la casa, simulando defender á Silvia y á su hermano, admitieron la existencia de graves faltas por parte del tutor. Vinet había previsto este ataque. Pero la fortuna de los Rogrón iba á pasar á manos de la señorita de Chergebœuf, y esperaba ver habitar á las pocas semanas la bonita casa de la plaza y reinar con ella en Provins, pues, en interés de sus ambiciones, meditaba ya enlaces con los Breautey. Entre las doce del día y las cuatro de la tarde, todas las mujeres del partido Tiphaine, los Garceland, los Guepin, Julliard, Galardón, Guené y el subprefecto mandaron á pedir noticias de la señorita Lorrain. Petrilla ignoraba por completo la polvareda que se había levantado en la villa con motivo suyo, y, en medio de sus grandes sufrimientos, experimentaba inefable dicha viéndose objeto de tantas atenciones en presencia de su abuela y de Brigaut. Éste lloraba incesantemente, y la abuela mimaba á

su querida nieta. Dios sólo sabe si la abuela contó ó no todos los detalles que había obtenido de Petrilla acerca de su vida en casa de los Rogrón. Lo cierto es que Horacio Bianchón expresó su indignación en términos vehementes, y, asombrado de tamaña barbarie, exigió que los demás médicos de la villa se presentasen, incluso el señor Neraud, como amigo de los Rogrón, para confirmar las terribles conclusiones de la consulta que, desgraciadamente para los Rogrón, fué redactada por unanimidad. Neraud, reputado ya de haber muerto de pena á la abuela materna de Petrilla, se encontró en grave aprieto, del que supo aprovecharse el diestro Martener, feliz de poder anonadar á los Rogrón y comprometer á su antagonista Neraud. No creemos necesario transcribir el texto de aquella consulta, que constituyó una de las piezas del proceso. Si los términos de la medicina de Moliere eran bárbaros, los de la medicina moderna tienen la ventaja de ser tan claros, que la explicación de la enfermedad de Petrilla, aunque natural y común, por desgracia, dañaría á los oídos. Aquella consulta, era, por otra parte, perentoria, á fin de que fuese suscrita por un nombre tan célebre como el de Horacio Bianchón. Después de la audiencia, el presidente vió comparecer ante él á la abuela de Petrilla, acompañada del señor de Auffray, de Brigaut y de una numerosa multitud. Vinet estaba solo. Aquel contraste sorprendió á la sala, que acabó de llenarse con gran número de curiosos. Vinet, que llevaba la toga, levantó hacia el presidente su rostro frío, fijándose bien los lentes ante sus ojos verdes, y en seguida, con su voz atiplada y estridente, expuso que unos extraños se habían introducido una noche en casa de los señores Rogrón y habían secuestrado á la menor Lorrain, deduciendo de aquí cuánta razón debía tener el tutor cuando reclamaba á su pupila. El señor Auffray se levantó como tutor subrogado y pidió la palabra, hablando de esta suerte:

—Si el señor presidente quiere tener en cuenta este informe, emitido por uno de los médicos más hábiles de París y por todos los médicos cirujanos de Provins, com-

prenderá cuán insensata es la reclamación del señor Rogrón y los grandes motivos que tenía la abuela de la menor para sacarla inmediatamente de las manos de sus verdugos. He aquí el hecho. De la consulta habida entre un ilustre médico de París, llamado á toda prisa, y todos los médicos de esta villa, resulta que el estado casi mortal en que se encuentra la menor es debido á los malos tratos que recibió del señor y de la señorita Rogrón. En cumplimiento de las leyes, el consejo de familia será convocado en el más breve plazo y consultado, á fin de que diga si el tutor debe ser destituido de su tutela. Entretanto, yo pido que la menor no entre en el domicilio de su tutor y que sea confiada al miembro de la familia que el señor presidente se digne designar.

Vinet quiso replicar diciendo que la consulta debía serle comunicada, á fin de contradecirla.

—No debe serle comunicada al abogado Vinet, sino al ministerio fiscal—dijo severamente el presidente.

Y á continuación dictó debajo de la demanda la providencia siguiente:

«Visto que, según consulta deliberada y suscrita por unanimidad por los médicos de esta villa y por el doctor Bianchón, médico de la Facultad de medicina de París, resulta que la menor Lorrain, reclamada por Rogrón, su tutor, se encuentra en estado sumamente grave, á causa de los malos tratos que recibió en el domicilio del tutor y de su hermana:

»Nos, presidente de la audiencia de Provins, ordenamos que, según se solicita, la menor no vuelva al domicilio del tutor y sea trasladada á la casa del tutor subrogado hasta que, según petición de éste, sea convocado el consejo de familia para deliberar.

»Subsidiariamente, visto el estado en que se encuentra la menor y las huellas de violencia que, según la consulta de los médicos, existen en su persona, nombramos al médico jefe y al cirujano en jefe del hospital de Provins para visitarla, y, en el caso que las sevicias fuesen constantes, nos reservamos la acción del ministerio fiscal, sin

perjuicio de lo que en la vía civil pueda emprender el señor Auffray, tutor subrogado.»

Esta terrible providencia fué pronunciada por el presidente Tiphaine en voz alta é inteligible.

—¿Por qué no echarles á galeras en seguida?—dijo Vinet.—¡Todo este ruido por una muchacha que sostenía amores con un aprendiz carpintero! Si el proceso sigue esta marcha—exclamó el abogado insolentemente,—pediremos otros jueces fundándonos en desconfianza legítima.

Vinet salió de la audiencia y se fué á casa de las principales personas de su partido á explicar la situación de Rogrón, que no había dado nunca un cachete á su prima y en el que el tribunal veía al gran elector de Provins, más bien que al tutor de Petrilla.

Según Vinet, los Tiphaine le daban importancia á lo que no la tenía, y la montaña pariría un ratón. Silvia, mujer eminentemente formal y religiosa, había descubierto una intriga amorosa entre la pupila de su hermano y un aprendiz carpintero, un bretón llamado Brigaut. Este pillo sabía perfectamente que la nieta esperaba una fortuna de su abuela, y quiso sobornarla... ¡Vinet se atrevía á hablar de soborno!... La señorita Rogrón, que tenía cartas donde se veía palpablemente la perversidad de aquella chiquilla, no era tan culpable como decían los Tiphaine. Suponiendo que se hubiera permitido una violencia para obtener una carta, la cual explicaba él con la irritación que la testarudez bretona había causado á Silvia, ¿en qué era culpable Rogrón?

El abogado hizo de este proceso un asunto de partido, y supo darle tan bien un color político, que por la noche hubo ya divergencias en la opinión pública.

—Antes de condenar hay que oír á las dos partes—decían las gentes juiciosas.

—¿Han oído ustedes á Vinet? Vinet explica perfectamente las cosas.

La casa de Frappier fué juzgada inhabitable para Petrilla, á causa de los dolores de cabeza que le causaría el ruido. Su transporte á casa del tutor subrogado era

tan necesario médica como judicialmente. El traslado se hizo con precauciones inauditas y calculadas para producir gran efecto. Petrilla fué puesta en unas angarillas con muchos colchones, llevada por dos hombres y acompañada de una hermana de la caridad que llevaba un frasco de éter en la mano, y seguida de su abuela, de Brigant, de la señora Auffray y de una criada. Hubo mucha gente á las puertas y ventanas para ver pasar aquel cortejo. El estado en que se encontraba Petrilla y su mortal palidez daba, indudablemente, inmensas ventajas al partido contrario de los Rogrón. Los Auffray procuraron probar á toda la villa cuánta razón había tenido el presidente para dictar aquella providencia.

Petrilla y su abuela fueron instaladas en el segundo piso de la casa del señor Auffray. El notario y su mujer les prodigaron los cuidados de la más cariñosa hospitalidad y emplearon con ellas pública ostentación. Petrilla tuvo á su abuela por enfermera, y el señor Martener y el cirujano se presentaron aquella noche á visitarla.

Desde aquella noche empezaron, pues, las exageraciones por ambas partes. Vinet había hecho propaganda en el partido liberal, y el salón de los Rogrón estuvo lleno. Las dos señoras de Chargeboeuf comieron en casa de los Rogrón, pues el contrato debía ser firmado por la noche, y á la mañana siguiente Vinet mandó fijar la proclama en la alcaldía. El abogado calificó de bajaza el asunto relativo á Petrilla. Según él, si la audiencia de Provins se mostraba apasionada, la audiencia real sabría apreciar los hechos, y los Auffray se mirarían mucho antes de meterse en el atolladero. La alianza de Rogrón con los Chargeboeuf tuvo una importancia enorme á los ojos de cierta gente, para quien los Rogrón eran inocentes, y Petrilla era una chiquilla excesivamente perversa, una serpiente á la que habían dado calor en su seno. En el salón de la señora Tiphaine se vengaban de los horribles dichos que el partido Vinet había propalado hacia dos años: los Rogrón eran unos monstruos, y el tutor tendría que sufrir una causa criminal. En la plaza, Petrilla se encontraba

perfectamente buena; en la villa alta, se moría infelizmente. En casa de los Rogrón, tenía algunos arañazos en la muñeca, y en casa de la señora Tiphaine, tenía los dedos rotos y había que cortarle uno. Al día siguiente, *El Correo de Provins* llevaba un artículo muy hábil y bien escrito, una obra maestra de insinuaciones mezcladas con consideraciones judiciales, que ponían ya á los Rogrón fuera de causa. *La Calumnia*, que salía dos días después, no podía contestar sin incurrir en difamación; pero advirtió que en semejante asunto lo mejor era dejar su acción á la justicia.

El consejo de familia fué compuesto por el juez de paz de Provins, presidente legal, por Rogrón y los dos señores Auffray, parientes más próximos de la menor, y por el señor Ciprey, sobrino de la abuela materna de Petrilla. Uníóse además á él el señor Habert, confesor de la pupila, y el coronel Gouraud, que se había presentado como compañero del coronel Lorrain. Aplaudióse mucho la imparcialidad del juez de paz, que incluyó en el consejo de familia al señor Habert y al coronel Gouraud, á los que todo Provins creía amigos íntimos de los Rogrón. En la grave circunstancia en que se encontraba Rogrón, éste pidió la asistencia del abogado Vinet al consejo de familia. Mediante este paso, aconsejado evidentemente por Vinet, Rogrón obtuvo que el consejo de familia no se reuniese hasta fines del mes de diciembre. En esta época el presidente y su mujer, á causa de la apertura de las Cortes, tuvieron que establecerse en París en casa de la señora Roguin; de suerte que el partido ministerial se encontraba sin jefe. Vinet se había atraído ya cuidadosamente al buen Desondrilles, juez de instrucción, para el caso de que el asunto tomase el carácter criminal que el presidente había intentado darle. Vinet defendió á Rogrón durante tres horas ante el consejo de familia, y sacó á relucir los amores de Brigant y de Petrilla, á fin de justificar la severidad de la señorita Rogrón; demostró cuan naturalmente había obrado el tutor confiando su pupila á los cuidados de su hermana, y apoyó la no participación de su cliente en la

manera como había entendido Silvia educar á Petrilla. A pesar de los esfuerzos de Vinet, el consejo opinó por unanimidad retirar la tutela á Rogrón, y, en su consecuencia, designóse como tutor al señor Auffray, y como tutor subrogado al señor Ciprey. El consejo de familia oyó á Adela, la criada, la cual culpó á sus antiguos amos, y á la señorita Habert, que contó las palabras crueles dichas por la señorita Rogrón la noche en que Petrilla se dió aquel terrible golpe en la cabeza, que fué oído por todo el mundo, y dió cuenta de la observación hecha por la señora de Chargebœuf acerca de la salud de Petrilla. Brigaut presentó la carta que había recibido de Petrilla, que probaba su mucha inocencia, y quedó demostrado que el estado deplorable en que se encontraba la menor provenía de una falta de cuidado del tutor, responsable de todo lo que concernía á su pupila. La enfermedad de Petrilla había impresionado, no sólo á las personas de la familia, sino hasta á los extraños. La acusación de sevicia fué, pues, seguida contra Rogrón, y la causa iba á hacerse pública.

Aconsejado por Vinet, Rogrón se opuso á la aprobación de la deliberación del consejo de familia por el tribunal. Vista la gravedad creciente del estado patológico en que se encontraba Petrilla, el ministerio público intervino, y este curioso proceso, aunque llevado con rapidez, no se vió hasta el mes de marzo de 1828.

Para esta época el casamiento de Rogrón con la señorita de Chargebœuf se había celebrado ya, y Silvia habitaba el segundo piso de la casa, donde se habían hecho reformas á fin de darle albergue, no sólo á ella, sino también á la señora de Chargebœuf. El primer piso fué ocupado únicamente por la señora Rogrón. La hermosa señora Rogrón sucedió desde entonces á la hermosa señora Tiphaine. La influencia de este matrimonio fué enorme: ya no se iba á casa de la señorita Silvia, sino á casa de la hermosa señora Rogrón.

Sostenido por su suegra y apoyado por los banqueros Tillet y Nucingen, el presidente Tiphaine tuvo ocasión de hacer favores al gobierno; fué uno de los oradores más es-

timados del centro, obtuvo el nombramiento de juez del tribunal de primera instancia del Sena, é hizo nombrar á su sobrino Lesourd presidente de la audiencia de Provins. Este nombramiento molestó mucho al juez Desfondrilles, que siguió siendo más suplente y más arqueólogo que nunca. El ministro de Justicia envió á ocupar la plaza de Lesourd á un protegido suyo, y, por lo tanto, el ascenso del señor Tiphaine no benefició á ningún empleado de la audiencia de Provins. Vinet sacó un gran partido de este hecho, que confirmaba lo que él decía siempre á las gentes de Provins de que estaban sirviendo de estribo á la ambición de la astuta señora Tiphaine. El presidente se burlaba de sus amigos. La señora Tiphaine despreciaba interiormente á la villa de Provins y no volvería nunca á ella. El padre del señor Tiphaine murió, y el ex presidente heredó la tierra de Fay, y vendió al señor Julliard su hermosa casa de la villa alta. Vinet tuvo razón, Vinet había sido profeta. Estos hechos tuvieron una gran influencia en los hechos relativos á la tutela de Rogrón.

El espantoso martirio ejercido brutalmente sobre Petrilla por dos tiranos imbéciles, y que puso al señor Martener, secundado por el doctor Bianchón, en el triste caso de ordenar la terrible operación del trépano; aquel horrible drama reducido á las fórmulas judiciales, fué á caer en el inmundo lodazal denominado en la audiencia *trámite*. Este proceso transcurría en dilaciones y en la inextricable red del procedimiento detenido por las triquiñuelas de un abogado odioso, mientras que Petrilla, calumniada, sufría los dolores más espantosos conocidos en medicina. ¿No era preciso explicar estos cambios de la opinión pública y la lenta marcha de la justicia, antes de trasladarnos al cuarto donde la mártir vivía, ó mejor dicho, moría?

El señor Martener, lo mismo que la familia Auffray, quedaron, en pocos días, seducidos por el adorable carácter de Petrilla y por la anciana bretona, cuyos sentimientos, ideas y modales tenían un cierto sabor romano. Aquella matrona del Marais se parecía á las mujeres que

describe Plutarco. El médico quiso disputar aquella presa á la muerte, toda vez que desde el primer día el médico de París y el de provincia consideraron á Petrilla perdida. Hubo, pues, entre el mal y el médico, animado por la juventud de Petrilla, uno de esos combates que sólo los médicos conocen, y cuya recompensa, en caso de éxito, no está nunca en el precio insignificante de las visitas ni en el agradecimiento de la enferma, sino que estriba en la grata satisfacción de la conciencia y en no sé qué palma ideal é invisible que recogen los verdaderos artistas después del contento que les causa la seguridad de haber hecho una buena obra. El médico tiende al bien, como el artista tiende á lo bello impulsado por un sentimiento que nosotros llamamos virtud. Este combate diario acabó por extinguir en aquel provinciano las mezquinas irritaciones de la lucha empeñada entre el partido Vinet y el de los Tiphaine, como ocurre á los hombres siempre que se empeñan en evitar alguna gran desgracia.

El señor Martener había empezado por querer ejercer su profesión en París; pero la atroz actividad de esta villa y la insensibilidad que acaba por comunicar al médico el espantoso número de enfermos y la multiplicidad de casos graves, horrorizó á su alma buena y hecha para la vida de provincia. Aparte de esto, Martener sentía cariño por su bonita patria, y en su consecuencia volvió á Provins á casarse, á establecerse y á cuidar, casi afectuosamente, á una población á la que él podía considerar como una gran familia. Durante todo el tiempo que duró la enfermedad de Petrilla, el médico procuró no hablar de su enfermedad, y su repugnancia á responder cuando alguien le pedía noticias respecto al estado de la niña era tan visible, que cesaron de interrogarle respecto á este punto. Petrilla fue para él lo que debía ser, uno de esos poemas misteriosos, profundos y vastos en dolores, como hay tantos en la terrible existencia de los médicos, y Martener sentía por aquella delicada joven una admiración cuyo secreto no quiso comunicar á nadie.

Como todos los sentimientos verdaderos, este senti-

miento del médico por su enferma se había comunicado á los señores Auffray, cuya casa se volvió apacible y silenciosa mientras Petrilla vivió en ella. Los niños, que tantas veces habían jugado antes con Petrilla, parecían haberse puesto de acuerdo para no ser alborotadores ni importunos, y se propusieron ser muy juiciosos porque Petrilla estaba enferma. La casa del señor Auffray se encuentra en la villa alta, bajo las ruinas del castillo, en una de las márgenes del terreno producidas por el derribo de las murallas antiguas. Desde allí sus habitantes, paseándose por una huerta cercada por gruesas paredes, pueden gozar de la vista del valle y de la villa. Los tejados de las demás casas llegan á la altura del muro que rodea á esta huerta. A lo largo de una terraza hay un paseito que va á dar á la puerta vidriera del despacho del señor Auffray, y en su extremo se levantan una parra y una higuera, bajo las cuales se ven una mesa redonda, un banco y algunas sillas pintadas de verde. Se había dado á Petrilla un cuarto situado sobre el despacho de su nuevo tutor. La señora Lorrain dormía á su lado en un catre. Desde su ventana Petrilla podía, pues, ver el magnífico valle de Provins que tan poco conocía, porque ¡había salido tan pocas veces de la fatal casa de los Rogrón! Cuando hacía buen tiempo, la enferma se complacía en dar algunos pasos cogida del brazo de su abuela por aquella hermosa meseta. Brigaut, que no trabajaba ya, iba á ver á su amiguita tres veces al día; estaba devorado por un dolor inmenso y acechaba con la astucia de un perro de caza la llegada del señor Martener, y siempre le acompañaba y salía con él. Difícilmente os imaginaríais las locuras que todo el mundo hacía por la pobre enfermita. Ebria de dolor, la abuela ocultaba su desesperación y mostraba á su nieta la alegre cara que tenía en Pen-Hoel. En su deseo de forjarse ilusiones, le arreglaba y ponía la gorra nacional con que Petrilla había llegado á Provins. La joven enferma le parecía de aquel modo más semejante á la antigua Petrilla y la encontraba deliciosa con la cara rodeada de aquella aureola de batista festoneada de encaje. Su cara, blanca como la nieve,

su frente, á la que el sufrimiento imprimía cierta seriedad, la pureza de las líneas destacadas por la enfermedad, la lentitud de la mirada y la fijeza de los ojos contribuían á que Petrilla fuese un admirable modelo de melancolía y á que fuese servida con una especie de fanatismo. ¡La veían tan cariñosa, tan tierna y tan amante! La señora Martener había enviado su piano á casa de su hermana la señora de Auffray con objeto de divertir á Petrilla, que tenía una verdadera locura por la música. Verla escuchando un trozo de Weber, de Beethoven ó de Herold, con los ojos elevados al cielo, silenciosa y sintiendo la vida que veía escapársele, era un verdadero poema. El cura Peroux y el señor Habert, que eran sus dos confesores, admiraban su piadosa resignación. ¿No es un hecho notable y digno igualmente de la atención de los filósofos y de los indiferentes, la perfección seráfica de las jóvenes y de los jóvenes señaladas con rojo por la muerte entre la multitud, cual si fuesen los árboles jóvenes de una selva? El que haya visto alguna de esas muertes sublimes no puede seguir siendo ó llegar á ser incrédulo. Esos seres exhalan una especie de perfume celeste, sus miradas hablan de Dios, su voz es elocuente en sus más indiferentes palabras, y á veces suena como un instrumento divino expresando los secretos del porvenir. Cuando el señor Martener felicitaba á Petrilla por haber cumplido bien alguna prescripción difícil, aquel ángel le decía, en presencia de todos y con mirada indefinible:

—Querido señor Martener, es que deseo vivir, más bien que por mí, por mi abuela, por Brigaut y por todos ustedes, que se afligirían con mi muerte.

La primera vez que se paseó durante el mes de noviembre con el hermoso sol del verano de San Martín, acompañada de toda la casa, la señora Auffray le preguntó si estaba cansada, y ella le contestó:

—Ahora que no tengo que soportar más sufrimientos que los que me envía Dios, ya puedo aguantarlos. La dicha de verme amada me da fuerzas para sufrir.

Esta fué la única vez que recordó de una manera indi-

recta su horrible martirio en casa de los Rogrón, de quienes no hablaba nunca y cuyo recuerdo debía serle tan penoso, que nadie le hablaba de ellos.

—Querida señora Auffray—dijo un día, á las doce, contemplando en la terraza el valle iluminado por un sol hermoso y adornado de las encantadoras gracias del otoño,—mi agonía en su casa me habrá proporcionado más felicidad que estos tres últimos años.

La señora Auffray miró á su hermana la señora Martener, y le dijo al oído:

—¡Cómo amaría este angelito!

En efecto, el acento y la mirada de Petrilla comunicaban á su frase un indecible valor.

El señor Martener mantenía correspondencia con el doctor Bianchón, no intentaba nada grave sin consultárselo y esperaba restablecer primero el curso de la naturaleza y dar luego salida al foco de la cabeza por el oído. Cuanto más vivos eran los dolores de Petrilla, mayores esperanzas concebía este médico, que obtuvo algunos éxitos en el primer punto, lo cual fué ya un triunfo. Durante algunos días el apetito de Petrilla se despertó y se satisfizo con manjares substanciales por los que su enfermedad le hacía sentir hasta entonces una repugnancia característica. El color de su piel cambió, pero el estado de la cabeza era horrible; así es que el doctor suplicó al gran médico, su consejero, que acudiese, y habiéndolo hecho así Bianchón, permaneció dos días en Provins y decidió una operación. Este célebre médico sintió por la enferma el mismo interés que el pobre Martener, y fué á buscar en persona al reputado Desplein; de suerte que la operación fué practicada por el mejor cirujano de los tiempos antiguos y modernos; pero este terrible arúspice dijo á Martener, al marcharse con Bianchón, que era su discípulo más querido:

—Sólo un milagro puede salvarla. Como le ha dicho á usted Horacio, la caries de los huesos ha empezado, y á esa edad los huesos están aún muy tiernos.

La operación fué practicada á principios del mes de

marzo de 1828. Durante todo el mes, asustado de los espantosos dolores que sufría Petrilla, el señor Martener hizo varios viajes á París para consultar á Desplein y á Bianchon, á los cuales propuso una operación semejante á la litotricia, y que consiste en introducir en la cabeza un instrumento vacío con ayuda del cual se intentaría la aplicación de un remedio heroico para detener los progresos de la caries. El audaz Desplein no se atrevió á llevar á cabo aquella obra quirúrgica que la desesperación había inspirado á Martener; de manera que cuando el médico volvió de su último viaje á París, compareció ante sus amigos apenado y taciturno. Una noche fatal tuvo que anunciar á la familia Auffray, á la señora Lorrain, al confesor y á Brigaut, reunidos, que la ciencia no podía hacer nada por Petrilla, cuya salvación estaba únicamente en manos de Dios. Estas palabras produjeron horrible consternación. La abuela hizo una ofrenda, y rogó al cura que dijese todas las mañanas al rayar el alba y antes de que se despertase Petrilla una misa, á la que asistían ella y Brigaut.

El proceso seguía su curso, y mientras que la víctima de los Rogrón se moría, Vinet la calumniaba ante el tribunal. Este ratificó la deliberación del consejo de familia, y el abogado apeló en el acto. El nuevo fiscal hizo una petición que determinó el encausamiento de los culpables. Rogrón y su hermana se vieron obligados á prestar fianza para no ir á la cárcel. La instrucción del proceso exigía la declaración de Petrilla. Cuando el señor Desfondrilles fué á casa de Auffray, la mártir estaba en la agonía, tenía su confesor á la cabecera, iba á ser administrada y suplicaba en aquel momento mismo á la familia reunida que perdónase á sus primos como lo hacía ella misma, diciéndoles que el juicio de aquellas cosas pertenecía únicamente á Dios.

—Abuela, deja cuanto tienes á Brigaut... (Brigaut se deshacía en llanto) y dale mil francos á esa buena Adela, que me calentaba la cama á escondidas—dijo Petrilla.—Si ella hubiese estado en casa de mis primos, yo viviría...

El martes de Pascua, á las tres de la tarde, con un

tiempo hermoso, cesó aquel ángel de sufrir. La heroica abuela quiso velarla durante la noche con los sacerdotes y amortajarla con sus arrugadas manos. Llegada la noche, Brigaut dejó la casa de los Auffray y se trasladó á la de su amo Frappier.

—Amigo mío, no necesito pedirte noticias—le dijo el carpintero.

—Sí, padre Frappier, todo ha acabado para ella, pero no aun para mí.

El obrero dirigió miradas sombrías y perspicaces á todas las maderas de la tienda.

—Ya te entiendo, Brigaut—dijo el honrado Frappier;—toma, ahí tienes lo que necesitas.

Y le mostró unas tablas de encina de dos pulgadas de grueso.

—No me ayude usted, señor Frappier—dijo el bretón.—Quiero hacerlo todo yo solo.

Brigaut pasó la noche en cepillar y ajustar el ataúd de Petrilla, y más de una vez levantó de un garlopazo una cinta de madera humedecida con sus lágrimas. El honrado Frappier le miraba trabajar fumando, y cuando su pobre oficial reunió las cuatro tablas, le dijo estas palabras:

—Haz la tapa de corredera para que los pobres parientes no oigan cuando la claven.

Al amanecer, Brigaut se fué á buscar el zinc necesario para forrar el ataúd. Por una extraña casualidad, las hojas de zinc costaron una suma enteramente igual á la que él había dado á Petrilla para su viaje de Nantes á Provins. Aquel valeroso bretón que había resistido el horrible dolor de hacer él mismo el ataúd de su querida compañera de infancia, al enrollar aquellas fúnebres planchas, no pudo resistir aquella coincidencia, desfalleció y le faltaron fuerzas para llevarlas, viéndose obligado el hojalatero á acompañarle y á ofrecerse á ir con él para soldar la cuarta hoja, una vez que el cuerpo estuviera en la caja. El bretón quemó la garlopa y todas las herramientas de que se había servido. Arregló sus cuentas con Frappier y se despidió de él. El heroísmo con que aquel pobre muchacho se

ocupaba, al igual que la abuela, en tributar los últimos deberes á Petrilla, le hizo intervenir en la escena suprema que coronó la tiranía de los Rogrón.

Brigaut y el hojalatero llegaron bastante á tiempo á casa del señor Auffray para decidir con su fuerza brutal una infame y horrible cuestión judicial. La cámara mortuoria, llena de gente, ofreció á los dos obreros un singular espectáculo. Los Rogrón se erguían aún horribles al lado del cadáver de la víctima para triturarla aun después de su muerte. El cuerpo sublime de belleza de la pobre niña yacía en el catre de la abuela. Petrilla tenía los ojos cerrados, los cabellos tendidos y el cuerpo cubierto con una gran sábana de algodón. Ante aquel lecho, con los cabellos en desorden, de rodillas, las manos extendidas y el rostro encendido, la anciana Lorrain gritaba:

—¡No, no, eso no puede ser, eso no se hará!

Al pie del lecho estaban el tutor señor Auffray, el cura Peroux y el señor Habert. Los cirios ardían aún. Delante de la abuela estaban el cirujano del hospicio y el señor Neraud, apoyados por el terrible é hipócrita Vinet, acompañado de un ujier. El cirujano del hospicio llevaba puesto el mandil de disección, y uno de sus practicantes había abierto un estuche y le entregó un bisturí.

Esta escena fué turbada por el ruido del ataúd que Brigaut y el hojalatero dejaron caer, pues Brigaut, que iba delante, quedó helado de espanto al ver que la anciana Lorrain lloraba.

—¿Qué pasa?—preguntó Brigaut colocándose al lado de la anciana y empuñando convulsivamente un cincel que llevaba.

—Pasa—dijo la anciana,—pasa, Brigaut, que quieren abrir el cuerpo de mi hija, cortarle la cabeza y arrancarle el corazón después de muerta, como lo hicieron en vida.

—¿Quién?—dijo Brigaut con voz capaz de romper el timpano de los encargados de la justicia.

—Los Rogrón.

—¡Por vida de...!

—Un momento, Brigaut—dijo el señor Auffray al ver que el bretón blandía ya el cincel.

—¡Señor Auffray—dijo el bretón pálido como la muerte,—le escucho á usted porque es el señor Auffray; pero en este momento no escucharía ni...!

—¡La justicial—dijo Auffray.

—¿Es que acaso hay justicia?—gritó el bretón.—¡La justicia es esta!—dijo amenazando al abogado, al cirujano y al ujier con su reluciente cincel.

—Amigo mío—dijo el cura,—la justicia ha sido invocada por el abogado del señor Rogrón, que sufre el peso de una grave acusación, y no se pueden negar á un inculgado los medios de justificarse. Según el abogado del señor Rogrón, si la pobre niña que yace aquí sucumbió del absceso á la cabeza, no se puede culpar á su antiguo tutor, pues está probado que Petrilla ocultó durante mucho tiempo el golpe que se había dado.

—¡Basta!—dijo Brigaut.

—Mi cliente...—dijo Vinet.

—¡Tu cliente irá al infierno, y yo al patíbulo!—exclamó el bretón,—pues si alguno de vosotros se atreve á tocar á la que tu cliente ha matado, y si el practicante no guarda el bisturí, lo mato en el acto.

—Bueno, como que aquí hay resistencia, iremos á dar cuenta de ello al juez—dijo Vinet.

Y los cinco extraños se retiraron.

—¡Oh! ¡hijo mío—dijo la anciana irguiéndose y saltando al cuello á Brigaut,—enterrémosla en seguida, que volverán á venir!...

—No; una vez soldado el zinc, ya no se atreverán á hacer nada—dijo el hojalatero.

El señor Auffray corrió á casa de su cuñado el señor Lesourd para arreglar aquel asunto. Vinet no deseaba otra cosa. Una vez muerta Petrilla, el proceso relativo á la tutela estaba acabado, sin que nadie pudiese argüir nada en pro ni en contra de los Rogrón. La cuestión quedaba indecisa; de modo que Vinet había previsto admirablemente el efecto que su demanda iba á producir.



A las doce del día, el señor Desfondrilles hizo su informe ante el tribunal acerca del proceso de los Rogrón, y el tribunal dictó sentencia absolutoria perfectamente motivada.

Rogrón no se atrevió á ir al entierro de Petrilla, al que concurrió toda la villa. Vinet le aconsejaba, sin embargo, que fuese. Pero el ex mercero temió inspirar un horror universal.

Brigaut se fué de Provins después de haber visto la fosa donde quedó enterrada Petrilla, y se encamino á París. Una vez allí, solicitó de la delfina que, en consideración al nombre de su padre, le diese ingreso en la guardia real, donde fué admitido en seguida. Cuando se hizo la expedición de Argel, el bretón escribió de nuevo á la delfina para que le incluyesen en ella. Era ya sargento, y el mariscal Bourmont le nombró alférez. El hijo del mayor se portó como hombre que quería morir; pero la muerte respetó hasta el presente á Jacobo Brigaut, que se distinguió en todas las expediciones recientes sin haber sido nunca herido. Hoy es jefe de batallón, y ningún oficial es más taciturno ni mejor que él. Fuera del servicio permanece callado, se pasea solo y vive mecánicamente. Todo el mundo adivina y respeta en él un dolor desconocido. Posee cuarenta y siete mil francos que le han sido legados por la anciana Lorrain, muerta en París el año 1829.

En las elecciones de 1830 Vinet fué elegido diputado, y los servicios que prestó al nuevo gobierno le han valido la plaza de fiscal general. Hoy su influencia es tal, que saldrá siempre diputado. Rogrón es recaudador general de la villa misma en que Vinet desempeña sus funciones, y, por una sorprendente casualidad, Tiphaine es allí primer presidente de la audiencia, pues el justiciero se afilió sin titubear á la dinastía de julio. La hermosa señora Tiphaine vive en buena inteligencia con la hermosa señora Rogrón, y Vinet está á partir un piñón con el presidente.

Respecto al imbécil Rogrón, diremos que suelta frases como esta:

—Luis Felipe no será verdaderamente rey hasta que pueda hacer nobles.

Evidentemente esta frase no es suya. Su delicada salud hace esperar á la señora Rogrón un próximo enlace con el general marqués de Montribeau, par de Francia, que manda el departamento y que le hace la corte. Vinet pide con la mayor frescura penas de muerte, y no cree nunca en la inocencia de un acusado. Este fiscal de pura sangre pasa por ser uno de los hombres más amables de la situación: no tiene menos éxito en París y en la cámara, y en la corte es un delicioso cortesano.

Según la promesa de Vinet, el general barón Gouraud, aquel noble despojo de nuestros gloriosos ejércitos, se casó con una tal señorita Matifat, de veinticinco años de edad, hija de un abacero de la calle de los Lombardos, cuya dote ascendía á cincuenta mil escudos. Como le había profetizado también Vinet, manda un departamento próximo á París, y ha sido nombrado par de Francia á causa de su conducta en las sediciones habidas cuando el gobierno de Casimiro Perier. El barón Gouraud fué uno de los generales que tomaron la iglesia de Saint-Merry, feliz de poder castigar á los que le habían vejado durante quince años, y su ardor fué recompensado con el gran cordón de la Legión de honor.

Ninguna de las personas que contribuyeron á la muerte de Petrilla tiene el menor remordimiento. El señor Desfondrilles sigue siendo arqueólogo; pero, en interés de su elección, Vinet ha tenido buen cuidado de nombrarle presidente de la audiencia. Silvia tiene una pequeña corte, administra los bienes de su hermano, presta dinero á un interés enorme y no gasta mil doscientos francos al año.

De tiempo en tiempo, en aquella plazoleta, cuando algún hijo de Provins llega de París para establecerse allí, y sale de casa de la señorita Rogrón, un antiguo partidario de los Tiphaine dice:

—Los Rogrón tuvieron, hace tiempo, una cuestión fea con motivo de una pupila...

—Cuestión de partido,—responde el presidente Desfondrilles.—Se ha pretendido hacer ver en aquellos monstruosidades. Por bondad, los Rogrón habían tomado en su casa á aquella Petrilla, muchacha bastante agraciada y sin fortuna, que, en el momento de formarse, tuvo amores con un aprendiz carpintero y salió descalza á la ventana á hablar con aquel muchacho, que solía colocarse allí, ¿ve usted? Los dos amantes se enviaban cartas amorosas por medio de un bramante. Ya comprenderá usted que, dado su estado, en el mes de octubre y de noviembre, aquello era bastante ya para acarrear una enfermedad á una joven que estaba opilada. Los Rogrón se portaron admirablemente, no reclamaron nada de lo que les correspondía en la herencia de aquella muchacha y se lo cedieron todo á su abuela. La moral de esto, amigos míos, es que no se pueden hacer beneficios, porque el diablo los castiga.

—¡Ah! la cosa es muy diferente. El padre Frappier me lo ha contado de otro modo.

—El padre Frappier consulta más su bodega que su memoria—dijo entonces un concurrente al salón de la señorita Rogrón.

—Pero el anciano señor Habert...

—¡Oh! ¡ese! ¿No sabe usted lo que le pasó?

—No.

—Pues que quería casar á su hermana con el señor Rogrón, el recaudador general.

Dos hombres se acuerdan á diario de Petrilla: el médico Martener y el mayor Brigaut, únicos que conocen la espantosa verdad.

Para dar á esto inmensas proporciones, basta recordar que, trasladando la escena á la Edad media y á Roma, una joven sublime, Beatriz Cenci, fué conducida al suplicio por razones y por intrigas casi análogas á las que llevaron á Petrilla á la tumba. Beatriz Cenci tuvo por único defensor á un artista, á un pintor. Hoy la historia y los vivos, dando fe al retrato de Guido Reni, condenan al papa y constituyen á Beatriz en una de las vícti-

mas más admirables de las pasiones infames y de las facciones.

Aquí, para *inter nos*, convengamos en que si Dios no existiese, la legalidad sería una gran cosa para castigar las bribonadas sociales.

Noviembre 1839.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— X —